

ERNESTO NOBOA Y CAAMAÑO, ENTRE SUSURROS PASADOS Y EL CORRETEO ACTUAL

Por: Sofía Tinajero Romero

Un libro entre mis manos, una taza de café en la mesita de la esquina y un cómodo sillón. Sin embargo, mis ojos buscan la ventana, esperando encontrar allí la respuesta a mis inquietudes. Resuena en mi mente el nombre de Ernesto Noboa y Caamaño y con él, el de los Decapitados. Entonces me pregunto qué llevó a estos jóvenes a escribir tan bellos poemas, y sin embargo, tan tristes.

Me adentro al antiguo Quito cuyas callejas sentían el paso de los cocheros con chistera de copa alta y levita de botones dorados. De tertulias de vecindad, después de la primera misa de la mañana. "El pueblo, al parecer, lo integra un solo barrio. Del Tejar a la Tola, de San Sebastián a San Blas (...) las noticias ruedan de boca en boca y se filtran por las rendijas de viejos portones. (...) Las comadres se convierten en otras tantas ediciones extraordinarias del periódico oral."¹

Repaso en mi memoria la trayectoria de Noboa y Caamaño, tomando en cuenta el criterio de Francisco Guarderas, quien escribiera una pequeña reseña sobre este gran poeta ecuatoriano en el tomo 28 de la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, sobre poetas parnasianos y modernistas. Dice: "Hace poco, ante un público de amigos, en charla informal acerca de la trinidad de poetas con quienes nos tocó alternar muy cercanamente en la década de 1910, concluimos afirmando que el más completo y el más formado fue Ernesto Noboa Y Caamaño."²

Hernán Rodríguez Castelo, uno de los críticos literarios más importantes del país, afirma que: "Noboa apenas usa más recursos que los patéticos de interrogación, admiración, suspensión, repetición. Y los usa con gran espontaneidad. Y toda la imaginería participa de ese ser como interior, con mucho más de emocional y patético que de plástico"³

Sus versos nos hablan del despecho de la vida a una hora demasiado temprana. Recordemos aquel poema que entona: *¡Oh dolor insondable, desolada amargura / de no hallar en la senda ni la flor de un cariño, / y sentirse, al comienzo de la jornada dura, / con cerebro de viejo y corazón de niño!*

¹ Andrade, Raúl, "Retablo de una generación decapitada", en Raúl Andrade, *El perfil de la quimera*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1977.

² Guarderas, Francisco, "Ernesto Noboa y Caamaño", en *Poetas parnasianos y modernistas*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, T. 28, Quito, Secretaría General de la Undécima Conferencia Interamericana, 1960.

³ Rodríguez Castelo, Hernán, "Lírica ecuatoriana del siglo XX", en *Antología esencial Ecuador siglo XX. La poesía*, Hernán Rodríguez Castelo, selección y presentación, Quito, Eskeletra, 2004

Entonces, contrasta la delicadeza y la armonía de sus versos con el profundo dolor de la vida: *Y así mi vida se desliza / -sin objeto ni orientación- / doliente, callada, sumisa, / con una triste resignación.*

Ernesto Noboa y Caamaño simboliza, encarna la "inconformidad sin concesiones ante un medio hipócrita y hostil. Ansia de evasión cortada por grises muros de piedra. Sensación de destierro."⁴ Entonces aquel bello soneto *Hay tardes en las que unos desearía / embarcarse y partir sin rumbo cierto / y, silenciosamente, de algún puerto / irse alejando mientras muere el día. / Empezar una larga travesía / y perderse después en un desierto / misterioso mar, no descubierto / por ningún navegante todavía....* nos contagia de aquella profunda nostalgia que invita a la fuga.

Pero la fuga de los Decapitados fue más dura de lo que podríamos imaginar. Arturo Borja, gran amigo de Ernesto Noboa y Caamaño, se suicidó apenas a los veinte años de edad. Esta muerte marcó a Ernesto Noboa, quien encabezara "una tropa de piratas nocturnos (...) una pandilla heterogénea y pintoresca formada por gentes de romper y rasgar, guitarristas, tahúres, cantores, matones y galanes de sensitivas Venus arrabaleras."⁵

Aquella noche, Ernesto Noboa y Caamaño, Humberto Fierro, Miguel Ángel Silva y otros amigos despidieron a Arturo Borja cantando elegías, y cubrieron su sepulcro con rosas y poemas.

Criado en una familia de clase social alta, Ernesto Noboa y Caamaño visitó Francia y España para fortalecer su mente. En París esperaba encontrar el tormentoso itinerario de Baudelaire, sin embargo, no halló más que un París de especuladores, emboscados, enriquecidos. España tampoco le reconfortó; finalmente fue enviado por su familia a un sanatorio cercano a Santillana del Mar.

A su regreso, prefirió la soledad a los placeres de la vida. En la poesía desfogó sus sentimientos y su necesidad de evasión, de huir de aquella vida que tanto le oprimía, le abrumaba.

El zambo, como lo llamaron por sus ensortijados mechones rubios, poco a poco fue sumiéndose en una melancolía cada vez más aguda. Se encerró en una pieza en penumbra, para así ser parte de la oscuridad, estar envuelto en ella. En el año de 1927, con apenas 36 años de edad, murió en su soledad.

Así fue cómo el Quito de entonces, de grandes campanarios, farolones de vidrios rotos a pedradas en las esquinas de las calles; de murmullos de viejas leyendas, se vistió de luto por la pérdida de uno de los más grandes

⁴ Ibid, Andrade, Raúl, "Retablo de una generación decapitada", en Raúl Andrade, *El perfil de la quimera*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1977.

⁵ Ibid, p. 109.

Decapitados, "el más directo y desgarrado, el más cordial en las expresión de sus vivencias."⁶

Cierro el libro que sostengo en mis manos. Veo a mi alrededor otros cuantos más. Me detengo antes de levantarme. Un cierto desasosiego me invade al pensar en la edad que tenían estos grandes poetas –los Decapitados- cuando escribieron sus últimos poemas, antes de partir hacia espacios inciertos. Lo cierto es la excelencia de sus textos, tristes, melancólicos, pero profundamente íntimos, cargados de musicalidad y sentimiento. Coloco los libros en el estante.

No obstante, algo ha cambiado; ahora lo hago con mayor y profundo respeto. Pero no solo ha cambiado mi visión, sino también la ciudad. Aquel Quito de comadres y callejuelas estrechas tranquilas, ha cambiado su cara por un ajetreado Centro Histórico que vive entre susurros pasados y el correteo de hoy en día. Entonces, me doy cuenta que pese a los cambios, los poemas de Ernesto Noboa y Caamaño siempre están recorriendo las viejas calles de la ciudad.

HASTÍO

Vivir de lo pasado por desprecio al presente,
mirar hacia el futuro con un hondo terror,
sentirse envenenado, sentirse indiferente,
ante el mal de la Vida y ante el bien del Amor.

Ir haciendo caminos sobre un yermo de abrojos
mordidos sobre el áspid de la desilusión,
con la sed en los labios, la fatiga en los ojos
y una espina dorada dentro del corazón.

Y por calmar el peso de esta existencia extraña,
buscar en el olvido consolación final,
aturdirse, embriagarse con inaudita saña,

con ardor invencible, con ceguera fatal,
bebiendo las piedades del dorado champaña
y aspirando el veneno de las flores del mal.

⁶. Rodríguez Castelo, Hernán, Íbid, p. 12.